

Memorias de un Pucha

Joaquín Guillén



Memorias de un **Pucha**

JOAQUÍN GUILLÉN

Capítulo 1

Verano de 2009 en Mejía, un balneario ubicado a dos horas de Arequipa. Mis abuelos tenían una casa de playa. Por las mañanas, mis primos y yo salíamos a comprar el pan. El dinero siempre al más responsable, decía mi tía. Ese era yo. O así lo creía hasta que me cruce con ella.

Piel bronceada, como el pan tres puntas recién horneado; trenza fosforescente en el cabello lacio, probablemente confeccionada por el Barbas a las afueras de la playa; sonrisa hermosa adornada con brackets rosados. Ella era mi futura esposa, estaba seguro de eso. Las señoras de la fila conversaban sobre los fulanos del club. Las bolsas de tela que llevaban en las manos esperaban el pan caliente. El sol clareando sobre nuestras cabezas. Cuando llegó nuestro turno, metí la mano al bolsillo del short y no encontré el dinero.

Pude averiguar que se llamaba Claudia. Era una de las chicas que armaban castillos de arena junto a mi prima en la orilla. Ella me contó que Claudia estudiaba en un colegio de Arequipa y que su papá trabajaba en Gloria. Esa mañana, mis primos y yo seguimos a las chicas mar adentro y conversamos con ellas acerca de la canción del verano. Verano Azul de Juan Magán, la escuchábamos todo el día por los parlantes del club. Su letra me recordaba la forma perfecta y redonda de las nalgas de Claudia y el calzón blanco que las sujetaba. Una de sus amigas me descubrió mirándole y me preguntó en voz alta: "¿Por qué le miras tanto el culo a Claudia?". Quede helado, como queso helado, una gota de sudor me resbaló de la frente. Claudia volteó y me miró, indefenso, tampoco supo cómo actuar; creo que de haber tenido un pantalón a la mano, se lo hubiera puesto en el acto.

En la tarde, al frente de la única plaza, a veces nos sentábamos en las sillas D'Onofrio de la heladería y pedíamos helado de papaya. Otras veces jugábamos fútbol en el pasto. Esa tarde era tarde de carnavales. Hombres contra mujeres. Utilizábamos globos de agua y latas de espuma Rey Momo, que tenían un monstruo de calabaza impreso en la cara frontal. Nuevamente Claudia, con su grupo de amigas. Detrás de un árbol, cuando bien pudo haberme reventado un globo de agua en la cara, me preguntó mi nombre. Dudé tanto que dije "pucha" y ella se ríe y desde entonces empezó a llamarme "el Pucha". Y dado que los apodos, en Mejía, corrían más rápido que las olas, de repente mis primos ya solo me decían "el Pucha".

Dormía con el sonido del mar y la sensación en los pies de una ola retirándose. Quería ser como Nacho. Nacho tenía enamorada. Era socio del club. En su cumpleaños nos contó que él y su flaca se habían besado una noche en el vestuario. Tal vez podía besar a Claudia si es que reunía

el suficiente coraje como para invitarla a salir. ¿Salir a dónde? A tomar un helado o a comprar pan, porque no había otra cosa que hacer. Quizás al internet, aunque era poco probable que ella jugará Counter Strike.

El verano terminó en un suspiro. Lo nuestro fue solo miradas. Juan Magán no pegó ninguna otra canción en la radio. Años después, me enteré que el Barbas murió de cáncer. Nunca más volví a ver una lata de espuma Rey Momo.

Volví a Mejía año tras año, pero no la volví a ver. Le pregunté a mi prima su paradero y ella solo atinó a decirme que la casa de Claudia no era de Claudia sino alquilada.

En una clase de refuerzo de Cálculo en la Universidad de Lima, en el 2020, creí verla sentada en la primera fila. Llevaba ropa de deporte y el cabello atado en una cola. Los recuerdos de la infancia son borrosos, la mente almacena más sensaciones que imágenes. No creía que fuera posible, pero algo me decía que sí. Creo que fueron dos segundos, al iniciar la lección, que nos quedamos mirando fijamente.

No hubo derivada ni integral que pudiera ser resuelta por mí esa tarde. ¿Qué te sucede, Rodríguez?, lamentó el catedrático. Quise decirle que me dejara, que ahí donde me veía, sentado en una de las últimas carpetas y con cara de acontecimiento, me estaba preguntando seriamente, como Alejandro Sanz, si era o no era ella.

Mi abuela solía decir que no hay peor gestión que la que uno no hace y por eso me acerqué a su sitio al final de la clase y me lancé a preguntarle su nombre. Ella dudó un tanto y terminó diciendo "pucha" y se me encendieron tanto los ojos que estuve a punto de llorar. ¿Cómo lo sabías?, le pregunté. No lo sabía, dijo ella y entonces me di cuenta de que quizás también me había estado buscando.

FIN